

Reflexiones sobre la democracia Ltda. en América Latina

ORLANDO FALS BORDA

No es ninguna novedad sostener que en América Latina se está creando una nueva realidad política gracias al vaivén del péndulo que va de la autocracia al gobierno popular. A esa entidad en formación se le quiere llamar “democracia”. En la práctica está resultando ser, a lo más, una “democracia limitada” (restringida, viable) que vive sujeta a los intereses creados del capitalismo en el nivel mundial y a la lucha ideológica y de clases sociales que se adelanta en el nivel regional en estos momentos.

Por un lado, el péndulo se mueve en América Latina del extremo dictatorial hacia el centro, debido a las presiones populares que ya no se controlan por la fuerza de las armas y los golpes de cuartel: Brasil, Bolivia, Perú, Ecuador y Nicaragua, son ejemplos. En El Salvador, gracias a la revuelta popular provocada como reacción por la represión militar, el péndulo naturalmente debe volverse hasta el extremo opuesto.

Por el lado llamado democrático, en el que han figurado México, Costa Rica, Venezuela y Colombia, se observan hoy síntomas de creciente militarización, especialmente en Colombia, producidos por la fuerte reacción contra los movimientos populares que justificadamente protestan por la explotación económica, la opresión política y la desigualdad social. En esto no nos dejemos desorientar por la polémica sobre el terrorismo, el secuestro y otros actos punibles, que son de efectos probadamente limitados en el proceso revolucionario; ni tampoco por el abuso interesado del adjetivo “subversivo” que hacen los reaccionarios en el poder.

Resultado: democracia limitada de punta a punta, al detenerse el péndulo en una región intermedia donde todo o casi todo está por definirse, para el presente y el futuro del juego político. Este momento es tan crucial, que bien merece que se reflexione sobre él con algún detenimiento.

Es posible que la tal democracia limitada ni siquiera sea esto, sino un sistema diseñado para defender los intereses de los monopolios capitalistas y, en Colombia, concretamente los de los llamados “pulpos financieros” y los nuevos ricos (clases emergentes), incluyendo mafias y contraban-

distas. Se trata, en fin, del dudoso negocio de una "Democracia Ltda.", con el que se pretende hacer figurar a Colombia al lado de Inglaterra, Francia, Suecia y Estados Unidos. No hay tal, aunque el presidente Turbay hubiese afirmado en Europa, durante su gira, que la colombiana es la democracia más antigua y constante del subcontinente.

DEFENSA ES SEGURIDAD...

Claro que en el fondo se trata de determinar si en Colombia —como en otros países— hemos sido y somos aún una "democracia". ¿Valdrá la pena preguntárnoslo?

Una de las obvias conclusiones a que llegó el público europeo a raíz de la visita presidencial última, fue la de que la máscara democrática de Colombia se había deslizado bastante. Esta sensación podía palpase hasta en las estiradas respuestas de los mandatarios de Francia y Suiza, por ejemplo, sacadas con tirabuzón por Marcos Jara para la Televisora Nacional de Colombia. La prensa europea casi no se refirió al viaje del presidente Turbay (así se haya hecho creer lo contrario por un grupo de sicofantes bien armados), y en todo artículo aparecido se mencionó, en cambio, el agudo problema de los derechos humanos. El del *Guardián* de Londres, publicado el día antes de la llegada de la comitiva presidencial, fue elocuente. Decía el titular: "La imagen brutal de Colombia alarma a Turbay".

El escepticismo de los periódicos europeos fue evidente. Las demostraciones públicas en varias capitales (no mostradas en Bogotá) en contra del régimen colombiano, también fueron elocuentes y numerosas, no "unos cuantos pelagatos". Ya están llegando a Bogotá comisiones investigadoras de derechos humanos, no sólo la de Amnistía Internacional sino también la del Consejo Nacional de Iglesias y la Conferencia de Obispos Católicos de los Estados Unidos.

Se han sembrado, pues, graves dudas sobre la llamada democracia colombiana; pero no son necesariamente causadas por los grupos que protestan, los llamados subversivos, sino por los hechos de violencia estatal que se han registrado en Colombia desde enero de 1979, hechos que agudizaron la situación de represión popular que viene apretándose a su vez, como permanente torniquete sobre el país, desde la rebelión del 9 de abril de 1948.

Para defender lo actuado en los medios oficiales se argumenta por regla general que a la democracia hay que defenderla hasta de sí misma, empleando para el efecto procedimientos antidemocráticos como el terrorismo de Estado, la tortura y la contrainsurgencia, por considerar que todo rebelde es criminal. Sorprende que así se expresen liberales clásicos,

discípulos de Benjamín Constant, para quien los derechos individuales, incluyendo los de libre opinión y rebelión por causa justa, han sido sacrosantos desde los días del padre Victoria. Pero así ha sucedido.

Evidentemente, la idea oficialista de democracia que se defiende sin mucho convencimiento en esta forma, no es ni siquiera la clásica del siglo pasado, con la que comulgaban los fundadores de partidos liberales o progresistas latinoamericanos. Ahora hay una doctrina supletoria: la de la seguridad nacional. Se recordará que este esperpento antidemocrático vio la luz en la guerra argelina. Adoptado luego por el Pentágono, recibió pantalones largos en la contrarrevolución brasileña de 1964 y plena aplicación dantesca en Chile y Argentina. Ahora se quiere extender a Colombia y otros países del área para defender su "democracia" y las "instituciones", con ningún otro efecto probable que el que se ha constatado en el Cono Sur.

Ya olvidaron tanto la Revolución francesa los ideólogos "democráticos" en el poder, en aras de la doctrina reaccionaria de la seguridad nacional, que hasta el presidente Turbay tuvo a bien declarar, en el propio París, que las revoluciones no han sido necesarias para alcanzar cambios profundos en la sociedad.

Mientras tanto, en la Democracia Ltda. de América Latina se monta el aparato represivo de contrainsurgencia, apoyado financiera y tácticamente por el gobierno norteamericano y con un grupo de oficiales olvidados de la historia y de la tradición que les nutrieron en su juventud, para defender el estado cosas existente, a sabiendas de que éste debe modificarse fundamentalmente. Así lo admiten tirios y troyanos, aunque con diferentes versiones y conceptos. Pero actuar para modificar el sistema se torna así en delito y, si se acogen las tesis propuestas, los actos de rebelión se definirían en los nuevos códigos como asociación para delinquir: retrospectivamente, Bolívar y San Martín, entre muchos otros, incluyendo los ancestros de todas las familias dominantes tradicionales que alguna vez se rebelaron, quedan así reclasificados como delincuentes comunes.

Pensar diferente se vuelve así delito dentro del contexto de la Democracia Ltda. en nuestra región. Ya es peligroso para la seguridad del Estado (y los grupos que representa) no sólo tener ideas radicales, sino simplemente tener ideas. Toda demanda, por ser realmente democrática, se considera subversión y además, una muestra intolerable de inteligencia. Y ser realista equivale ahora a ser radical, lo que va a contrapelo del sistema.

¿No será entonces que nos dirigimos en el hemisferio a una aplicación concienzuda de un sistema político opresor especial, que se resume en el concepto de "democracia limitada"? Habiendo fallado las fórmulas militaristas anteriores para reprimir las urgencias populares de cambio en los países dictatoriales, y experimentando problemas colectivos cada vez más agudos en los llamados países democráticos, sale así a la palestra de la ciencia política esta nueva fórmula de opresión que busca que sobrevivan conocidos sistemas antidemocráticos del pasado.

¿Podrá imponerse al fin? Es dudoso, si recordamos la famosa sentencia de Napoleón sobre la fuerza de las ideas sobre la espada, y si examinamos las leyes universales del movimiento que se aplican al péndulo político, como se aplicaron en Irán, Uganda y Nicaragua y se ven hoy en acción en El Salvador y Corea del Sur. Actúan sobre el péndulo, en permanente pugilato, fuerzas de equilibrio que deben tomarse en cuenta. De allí depende que se redefina ahora la democracia y que se vuelva a su sentido original con mayor aplomo, significado histórico y riqueza práctica.

MÁS CABILDOS Y MENOS GAMONALES

No nos engañemos: estamos embarcados en una colisión de intereses políticos y económicos producida por diferentes concepciones sobre el uso del poder y la participación económica y social.

Lo curioso es que el péndulo se siga moviendo alrededor del fulcro de la idea de democracia, que en esto ha demostrado una increíble resistencia al uso y al abuso. Todos quieren defenderla, todos quieren vivir en ella y por ella, o por lo menos así lo dicen, hasta los comprometidos con la contrainsurgencia. En la práctica, unos desean limitarla por razones de seguridad nacional, que no son otras que la defensa de monopolios; otros ansían modelarla apelando a la protesta, la guerrilla y la acción rebelde en general. ¿Quién tendrá entonces la razón?

Partamos de un hecho incontrovertible para todos: hay malestar en todas las democracias existentes, en el nivel mundial, incluyendo las más consagradas. Lo ha expresado así, con suficiente poder de convicción, el ideólogo Samuel Huntington, para quien gobernabilidad y democracia son conceptos antagónicos. Los mecanismos democráticos existentes (parlamento, elecciones, etcétera) se gastan por el roce continuo entre grupos de presión y de opinión que pretenden orientar o controlar al Estado representativo. Las sociedades modernas son tan complejas, dice Huntington, que no se gobiernan eficientemente sino haciendo más potentes a los gobiernos centrales.

Entre los asistentes a un congreso-diálogo en Alpbach (Austria) realizado en julio de este año, se encontraba el conocido filósofo español, Julián Marías, discípulo de Ortega y Gasset, quien en el debate sobre democracia que allí se realizó, presentó la sugerente tesis, aclaratoria de la de Huntington, de que una cosa es potencia y otra es poder, cuando de analizar el Estado se trata. Durante nuestra época colonial, el Estado español era poderoso, pero no potente, porque le faltaban los mecanismos concretos para hacerse obedecer en todos los niveles. Con el paso del tiempo, el Estado ha asumido más control y potencia, dejando sin fuerzas

a organismos locales, técnicamente democráticos, y muy antiguos además, tales como los cabildos de vecinos.

Algunos de los presentes en Alpbach nos preguntamos: ¿No habrá habido más democracia actuante y real en los pueblos y parroquias del siglo xvii en las Indias Occidentales, que en las actuales repúblicas con todas sus constituciones, leyes y parlamentos? En efecto, puede verse un proceso de deterioro de la participación popular desde la época colonial hasta hoy, especialmente al pasar por el prisma violento y ególatra de los caudillos y gamonales del siglo xix que organizaban sus montoneras con base en la estructura de las haciendas, como lo describen varios autores de diferentes países.

Quizás el federalismo de antaño tenía una profunda razón de ser democrática, de base regional, a la que no hemos dado pleno crédito, por lo menos en Colombia. ¿Respondían, en cambio, las centralistas constituciones de finales del siglo xix a las corrientes autocráticas que en Europa se hacían sentir desde la España de Alfonso xii hasta la Alemania de los káiseres?

Aun así, en las presentes circunstancias del omnipotente Estado centralista con su Democracia Ltda. que tanto frustra a las provincias, una vuelta siquiera a aquellos años parecería positiva. En Colombia hay conservadores de la más pura estirpe que son hoy más democráticos que muchos discípulos de Benjamín Herrera y Alfonso López Pumarejo, connotados jefes políticos liberales del pasado. Hasta se siente la necesidad en Colombia de que aparezca un nuevo Antonio Nariño que vuelva a traducir los "Derechos del hombre y del ciudadano", los de 1794, y que actúe en consecuencia. Ojalá salga, decidido a luchar y sufrir como el heroico precursor de los nuevos movimientos de oposición que proclaman otra vez su adhesión a ideales clásicos.

Pero ¿no será todo esto ya muy tardío, en vista de la fuerza totalitaria que ha tomado el Estado centralizado y el premio arrasante que le ha concedido a los monopolios y a los nuevos ricos para hacerlos prepotentes? Por ejemplo, en Colombia, con los hechos represivos del primer semestre de 1979, ¿no se habrá sembrado ya la semilla de una futura violencia? Como en toda ley física de acción y reacción, ¿no se estará invitando, con estos últimos acontecimientos, a buscar soluciones más radicales y extremas que las ofrecidas por movimientos amplios bien intencionados?

¿QUÉ HACE LA IZQUIERDA?

Cabe ver finalmente, si las fórmulas socialistas nos ayudan a articular nuestro actual problema de la democracia limitada en el hemisferio y a plantear soluciones adecuadas.

Como lo haría un buen ortodoxo, comencemos con el maestro. En Carlos Marx la idea de democracia era un todo homogéneo de forma y contenido: para él, la democracia era igualitaria en muchos sentidos y los partidos populares deberían organizarse para alcanzarla así. De allí que, en su época, democracia y socialismo podrían ir juntos, no eran ideas encontradas (y no nos dejemos confundir por el subsiguiente desarrollo de los partidos socialdemócratas de Europa). Marx despreció la burguesía republicana de entonces, no la democracia como tal.

En cambio, su discípulo Lenin, enfrentado al problema práctico revolucionario, vio en la democracia burguesa de su día al enemigo y, al condenarla intransigente, llegó al concepto opuesto de dictadura del proletariado. Desdobló así la relación de forma y contenido marxista en la idea de democracia y la hizo aparecer como contraria a socialismo. Consecuencia: los Estados totalitarios llamados socialistas.

Esta solución antidemocrática de izquierda no fue acatada por todos los ideólogos marxistas. En especial, Rosa Luxemburgo tuvo y expresó sus reservas. También Antonio Gramsci. Pero la práctica revolucionaria parecía convincente, hasta cuando, en años más recientes, empezaron a caer los mitos marxistas contruidos a punta de dogmas.

La vía está abierta hoy para propiciar un retorno al pensamiento prístino del fundador y volver a integrar, en el mismo todo, la forma y contenido de democracia dentro del contexto socialista. Hay que saber casar nuevamente a socialismo y democracia, buscar las formas de llegar a ésta por medio de aquél.

Pero el nuevo casamiento de democracia y socialismo no puede hacerse en los términos del siglo XIX que conoció Marx. La idea misma de democracia es dinámica, y hoy refleja realidades sociales, nuevas estructuras, otras clases, que no pueden eludirse. Ya no hay que pelear por el sufragio universal, ni por los "tres 8", por ejemplo, porque se ganaron por generaciones anteriores de luchadores. Ahora hay otras tareas, muchas otras, en las que la participación popular debe buscarse y redefinirse para alimentar el proceso político cotidiano. Redefinición que dependerá del correcto análisis del sistema económico y político actual, sus tendencias, sus resistencias y debilidades, su violencia reaccionaria.

No hay así lugar para el monolitismo de partido, para maquinarias de iluminados, para concepciones elitistas y meramente intelectuales, sino para alianzas y frentes amplios de plena práctica, que aprendan actuando, reflexionando y avanzando. Hay lugar para luchas de reivindicación así como para labores de concientización profunda por etapas que lleven a transformaciones revolucionarias.

Es una concientización popular en que se defiende la democracia, porque las tendencias actuales del capitalismo avanzado la amenazan al no prestarse ésta, tan fácilmente como antes, a las fórmulas de acumulación de capital, así nacional como internacional. Por el contrario, se nota tensión entre la democracia como ideal político y el capitalismo como realidad económica. Si el capital pretende limitar la democracia en Amé-

rica Latina porque ya no le sirve tanto como antes, a los socialistas compete ahora defender la democracia y salir a las calles y a los campos a luchar por ella. Es no sólo la inevitable ley del péndulo político, sino también un conocido principio dialéctico.

¿Cuál es, entonces, la perspectiva de las izquierdas? No les queda otro camino que buscar la realización de la democracia, la que se ha venido posponiendo siglo tras siglo, haciéndola compatible ahora con el socialismo. Ni más ni menos. Hacer que la Democracia Ltda. evolucione o revolucione hacia la democracia sin adjetivos, aquella que hoy vemos amenazada por la doctrina foránea de seguridad nacional, a través del terrorismo de Estado y las prácticas antipatrióticas e inhumanas de la contrainsurgencia.